

Norberto Galasso

**“La corriente historiográfica
socialista,
federal - provinciana o
latinoamericana”**

© 2006, Centro Cultural
“Enrique Santos Discépolo”



Cuadernos para la Otra Historia
© Centro Cultural “Enrique S. Discépolo”
Buenos Aires, Argentina
www.discepolo.org.ar

“La corriente historiográfica socialista, federal - provinciana o latinoamericana”

La presencia de los trabajadores industriales en nuestro escenario político -tanto en la hora triunfal del 45 como en "la resistencia" posterior a septiembre del 55-tuvo su correlato en el orden de las ideas históricas. No sólo popularizó al revisionismo histórico tradicional, generando la corriente "rosista-peronista", como ya hemos señalado, sino que provocó la aparición de una nueva corriente historiográfica. Esta tiene su origen en el grupo "Frente Obrero", única expresión marxista que acompañó a los trabajadores en su irrupción del 45 y se denomina socialista, federal provinciana o latinoamericana.

1.- El grupo "Frente Obrero"

Esta agrupación nace durante la segunda Guerra Mundial. Sus hombres, marxistas que han enriquecido su formación ideológica especialmente con los aportes de Lenin y Trotsky, han desarrollado una dura polémica con otras corrientes de igual procedencia, en torno a la cuestión nacional. De la misma salen convencidos que desde la aparición del imperialismo existen en el mundo países opresores y países oprimidos y que en estos últimos -con una cuestión nacional pendiente- la lucha de clases se manifiesta con caracteres específicos. Otorgan, por eso, decisiva importancia a las tesis elaboradas por Lenin y Trotsky para los primeros congresos de la III Internacional, que señalan la necesidad del frente único proletario (alianza socialista-comunista) para los países capitalistas desarrollados, pero, en cambio, sostienen el frente único antiimperialista (movimientos democráticos de Liberación Nacional) para los países dominados. Asimismo, juzgan fundamental el modo de participación de los socialistas revolucionarios en estos frentes antiimperialistas (caso de la Argentina, semicolonias del Imperio Británico): preservando la independencia ideológica, política y organizativa -"golpear juntos, marchar separados"- y luchando por liderar el frente para desarrollar la revolución democrática hacia el socialismo (revolución permanente).

Provisto de esta concepción teórica, el grupo "Frente Obrero" logra insertarse en las luchas sociales de esa época. La conducción errónea -por no decir traidora, por parte del Partido Comunista- sometido desde mediados de la guerra a la aliadofilia resultante de la alianza ruso -inglesa- provoca malestar en los trabajadores del gremio metalúrgico, pues privilegia la buena relación con los "imperialismos democráticos" a la defensa concreta de los trabajadores frente a las empresas extranjeras. La "Asociación Obrera Metalúrgica" se vacía con ese motivo y el descontento obrero se expresa en la creación de la "Unión Obrera Metalúrgica, con el grupo "Frente Obrero" en la cresta de la ola del conflicto. Así surge, como primer Secretario General, Ángel Perelman, ligado a "Frente Obrero", donde su hermano Adolfo es una de sus principales figuras.

Si bien este grupo de extracción trotskista no logra mantener sus posiciones, pues el peronismo irrumpe ganando el apoyo de los obreros, esa experiencia le resulta suficiente como para aquilatar, en su verdadera dimensión, al movimiento nacional emergente.



Por eso, ante los acontecimientos del 17 de octubre de 1945, "Frente Obrero" se pronuncia de este modo: "La misma masa popular que antes gritaba ¡Viva Yrigoyen!, grita ahora ¡Viva Perón!... Aquellos que desconocen el sentido y la importancia de las tareas nacionales en nuestra revolución, están incapacitados para comprender estos acontecimientos, en general, están incapacitados para comprender nada. Los que se engañaron tomando la movilización de estudiantes, burgueses y damas perfumadas (del 19/9/45), por los preludios de la "revolución", juzgan a la huelga general de 17 y 18 de octubre como una especie de aberración que echa al suelo todas sus teorías. La aberración estaría, en todo caso, en que individuos que se denominan a sí mismos marxistas, se pongan del lado del imperialismo en sus escaramuzas con algunos sectores de nuestra burguesía semicolonial".

En otra parte, agrega: "La verdad es que Perón, al igual que antes Yrigoyen, da una expresión débil, inestable y en el fondo traicionera, pero expresión al fin, a los intereses nacionales del pueblo argentino. Al gritar ¡Viva Perón!, el proletariado expresa su repudio a los partidos pseudo obreros cuyos principales esfuerzos, en los últimos años, estuvieron orientados en el sentido de empujar al país a la carnicería imperialista. Perón se les aparece, entre otras cosas, como el representante de una fuerza que resistió larga y obstinadamente esos intentos y como el patriota que procura defender al pueblo argentino de sus explotadores imperialistas. Ve que los más abiertos y declarados enemigos del coronel constituyen la cáfila de explotadores que querían enriquecerse vendiéndole al imperialismo angloyanqui , junto con la carne de sus novillos, la sangre del pueblo argentino". Sostiene, asimismo: "Sólo quien desconoce en absoluto la situación del proletariado en la sociedad capitalista puede pretender que un movimiento que surge de lo profundo de las capas más explotadas, tenga, desde el principio, una expresión de clase correcta... De nosotros depende que el proletariado argentino que marchó el 17 y 18 de octubre, por las calles, entonando el Himno Nacional y la Marcha de San Lorenzo y aclamando a un miembro de la clase explotadora, encuentre las consignas que correspondan al contenido revolucionario de su lucha". (1)

Por entonces, Partido Socialista califica al peronismo como expresión de barbarie y totalitarismo; el Partido Comunista, como fascismo, los radicales, como " aluvión zoológico" y las huestes de Nahuel Moreno como " agente inglés". (Sólo el pequeño grupo liderado por J. Posadas, algún tiempo después, adopta una posición semejante a la de "Frente Obrero").

Entre los integrantes de "Frente Obrero" se destacan: Aurelio Navaja, Adolfo Perelman, Enrique Rivera, Carlos Etkin y Hugo Sylvester. Integran el grupo algunos obreros avanzados entre ellos, Angel Perelman, Manuel Fernando Carpio, Cleve y Víctor Gozzi. El grupo -que hace eje en Buenos Aires y Rosario- extiende su influencia a Córdoba, donde reside el ingeniero Celiz Ferrando. En Santa Fe, lo representa el Dr. De Gotardi y entre los estudiantes universitarios se destacan, Aquiles Omar Martínez y Carlos Díaz.

La comprensión del fenómeno político le permite a "Frente Obrero" cuestionar la ideología dominante impuesta por la vieja oligarquía agropecuaria. Así, partiendo de la enseñanza de Marx de que "las ideas dominantes en una sociedad son las ideas de la clase dominante", cuestiona la Historia Oficial fabricada por el mitrismo e inicia la indagación de nuestro pasado a la luz de la lucha de clases, advirtiendo siempre que se trata de un país semicolonial.



En esa tarea, aprovecha los aportes del viejo revisionismo -en tanto prueban la falsedad del mitrismo- pero se aparta claramente de sus interpretaciones nacionalistas reaccionarias. Reivindica, asimismo, los aportes de varios francotiradores a quienes la clase dominante silencia por molestos y peligrosos y eso le facilita el descubrimiento de las cuestiones claves de nuestra historia, desde el punto de vista de las masas populares.

Esta corriente puede calificarse "socialista" si la juzgamos en función de la cosmovisión ideológica empleada para interpretar el desarrollo histórico (la historia como lucha de clases, el rechazo del culto a los héroes, los pueblos como protagonistas principales del progreso histórico). Por otra parte, es "latinoamericana" en tanto rechaza la óptica estrecha de las patrias chicas y considera "nación" a la Patria Grande de San Martín y Bolívar, dada la identidad lingüística, territorial, histórica, económica y cultural de nuestros países. (Estima que las campañas de San Martín, la lucha de Artigas en gran parte del territorio argentino y muy especialmente, la Guerra de la Triple Alianza, no pueden ser comprendidas desde un criterio estrechamente argentino, desde el cual San Martín sería un intruso en Chile y Perú, Artigas un intruso en Argentina y Alberdi un traidor en el conflicto con Paraguay). Finalmente, es "federal provinciana" porque estima que son los caudillos del interior (desde Artigas a López Jordan y desde Facundo al Chacho y Felipe Varela) quienes mejor expresan el proyecto popular-latinoamericano, mientras que el federalismo de Rosas -no obstante la protección aduanera y el enfrentamiento a la invasión anglo francesa- se subordina a los intereses de los ganaderos bonaerenses y por tanto, al monopolio de la Aduana y el puerto únicos.

2.-La historia argentina desde la óptica de las clases populares

Para los historiadores de las diversas tendencias no existen dudas acerca de que una dura guerra civil se ha ido desarrollando en esta parte del continente americano entre 1810 y 1880 y que, asimismo, se ha continuado después, a través de una lucha política donde la violencia ha jugado también un rol importante. Sarmiento -y consiguientemente, la Historia Oficial- pretende reducirla a la alternativa "civilización o barbarie" entendiéndola, a la primera, como el proyecto de las élites porteñas para modernizar o europeizar a la sociedad toda y a la segunda, como la resistencia de las masas "incultas" a ese supuesto progreso. El revisionismo rosista, en general parcializó ese drama histórico y lo redujo al período 1829-1852, deslindando los campos entre los unitarios -expresión de aquella élite modernizadora, vituperada, ahora, por antinacional- y los partidarios de don Juan Manuel de Rosas, defensores de la nacionalidad y de la tradición, desconociendo, las más de las veces, la importancia de los caudillos provincianos, tanto del litoral como del interior. Respecto al siglo actual, mientras la Historia Oficial- y también la Historia Social- coloca a las minorías como devotas de las instituciones democráticas y a las masas populares como proclives al autoritarismo, la mayor parte de los revisionistas (salvo algunos como José María Rosa y Fermín Chávez) tienden a reservar la causa de lo nacional a elites ultramontanas (uriburismo, lonardismo, onганиato) menospreciando el rol de los sectores populares.

La corriente histórica federal-provinciana, latinoamericana o socialista erige una nueva interpretación, desde las masas populares, constituidas en el gran antagonista de la minoría oligárquica. Serias dificultades se oponen al desarrollo de esta visión histórica



pues por una cuestión de clase, los explotados carecen del ocio, el acceso a los libros y el poder económico como para escribir su propia historia. Ellos, parafraseando el título de una obra de García Márquez "no tienen quién les escriba", salvo los socialistas proveniente de la pequeña burguesía que han sido capaces de romper con la hegemonía ideológica oligárquica, colocándose, no en los discursos ni en las abstracciones librescas, sino en la experiencia concreta, junto a esa masas. En este sentido, Tulio Halperín Donghi, adversario de la corriente historiográfica socialista, reconoce sin embargo que "el neorrevisiónismo de la izquierda se identifica con una historia continuada pero soterrada que gracias a ellos aflora por un instante: es la de las clases oprimidas, tan antigua como la misma Argentina". (2)

Los integrantes de "Frente Obrero" se preocupan, entonces, por indagar en textos sepultados, en periódicos ignorados, en folletos de difícil hallazgo, para encontrar las claves que permitan desentrañar una interpretación de nuestro pasado, desde el punto de vista de los sectores populares, es decir, la contracara de la Historia Oficial dominante.

3.- Los precursores:

En esa búsqueda, encuentran varios francotiradores -condenados al silenciamiento o la tergiversación- cuya importancia reseñamos seguidamente.

Uno de los primeros es Juan Bautista Alberdi.

Alberdi comete muchos errores en su vida política y en sus planteos ideológicos, pero, en los altos años, revisa honestamente buena parte de sus posiciones, enfrentando, de manera contundente, a la concepción mitrista, en varios asuntos importantes:

a) Naturaleza de la Revolución de Mayo.

En esta cuestión, rechaza el supuesto separatismo antiespañol sustentado por la tesis mitrista (según la cual las claves de Mayo se encuentran en las invasiones inglesas y el comercio libre): "La revolución argentina es un detalle de la revolución de América, como ésta es un detalle de la de España, como ésta es un detalle de la revolución francesa y europea".(3) "La revolución de América no era más que una faz de la revolución de España". (4)

b) Naturaleza de las guerras civiles.

Alberdi rechaza la tesis sarmientina que explica los enfrentamientos como oposición entre la "civilización" de las minorías porteñas y "la barbarie" del interior: "En Mayo cesó el poder español y se instaló el de Buenos Aires sobre las provincias argentinas". (5) "Lo que resistían los pueblos no era la libertad, era el despotismo que se les daba junto con la libertad. Lo que ellos querían era la libertad sin despotismo: ser libres de España y libres de Buenos Aires. Artigas y Francia así lo decían; Macauley y Guizot no lo hubieran dicho de otro modo" (6). "Decir que Buenos Aires representa la civilización y las provincias argentinas "la barbarie" es una extravagancia que sólo puede disculparse al fanatismo de partido" (7). "Toda tentativa, toda pretensión de las provincias a reivindicar sus millones y reincorporarlos en su tesoro, debe parecer un acto de barbarie a los acreedores legales de Buenos Aires. Lo natural, para ellos, es que las provincias argentinas sean convertidas por la fuerza de la civilización, en un feudo o dependencia de Buenos Aires" (8). "He ahí como Buenos Aires clasifica los asesinatos: los perpetrados en sus desafectos son "civilización"; lo que sufren sus demagogos, son "barbarie". Asimismo Alberdi rechaza la tesis que adjudica espíritu



democrático a la élite porteña y fanático despotismo, a los caudillos del interior: "Ellos (se refiere a Mitre y Sarmiento) quieren reemplazar a los caudillos de poncho, por los caudillos de frac... es decir, las mayorías por las minorías, la democracia que es democracia, por la democracia que es oligarquía". (9)

Centra, entonces, la causa de la guerra civil en la acción de la oligarquía porteña que se adueña con exclusividad de la Aduana y de los beneficios del puerto único y pretende imponer su dominación al resto del país.

c) Naturaleza de la guerra del Paraguay.

También cuestiona la tesis mitrista según la cual el conflicto con el Paraguay es una guerra internacional, promovida por las ambiciones del "déspota" Francisco Solano López: "Las guerras exteriores de la Argentina no son más que expedientes suscitados a propósito, ya por la una, ya por la otra de sus dos fracciones, para encontrar la solución interior que cada una desea. Son guerras civiles en el fondo, bajo la forma de guerras internacionales, como la presente (contra el Paraguay)". (10)

"Mitre no tiene más adversario en vista que las provincias (del interior), Don Pedro II no tiene más enemigos que la ex república de Río Grande"... "Si Buenos Aires busca la alianza del Brasil ¿qué cosa más natural que las provincias busquen, por su parte, la alianza del Paraguay?".(11) "El verdadero enemigo, para Buenos Aires, no es el Brasil" sino "los países interiores, a quienes les tiene arrebatado el tesoro, su tráfico y todo su ser... Un interés profundo divide (a los dos partidos) y hace aliado nato del Paraguay, al país argentino situado al norte de Martín García, y hace aliado natural del Brasil, a la otra porción del país, situada a las puertas del Plata y en las costas del mar" (12). "La cuestión del Paraguay no es más que una faz de la cuestión interior Argentina". (13)

De este modo -si bien no completa una teoría al respecto- el viejo Alberdi se constituye en el gran precursor de una visión histórica latinoamericana, por encima de las fronteras de las patrias chicas.

d) *Carácter de clase de la libertad:*

La libertad y la democracia, supuestamente para todos, han sido las grandes banderas de la oligarquía porteña en su lucha contra las masas populares. Alberdi desnuda el mito expresando: "Ser libre, para ellos (los liberales), no consiste en gobernarse a sí mismos, sino en gobernar a los otros. La posesión del gobierno: he aquí toda su libertad. El monopolio del gobierno: he ahí todo su liberalismo... La libertad de los otros, dicen ellos, es el despotismo; el gobierno en nuestro poder, es la verdadera libertad. Así, estos liberales toman con un candor angelical por libertad lo que no es, en realidad, sino despotismo, es decir, la libertad del otro sustituida por la nuestra". (14)

Otros dos militantes antimitristas -José Hernández y Olegario Andrade- aportaron importantes reflexiones a esta corriente historiografía. Hernández, no sólo por su "Martín Fierro", donde denuncia el despojo sufrido por el gaucho, si no por su obra "Vida de El Chacho" y sus artículos periodísticos en el diario "El Río de la Plata" y en "La Patria" de Montevideo. Andrade por artículos de "El Porvenir", "La América" y otros periódicos entrerrianos y muy especialmente por su opúsculo "Las dos políticas", donde establece una continuidad entre Rivadavia, Rosas y Mitre, como expresiones de intereses porteños defensores del monopolio de la Aduana y el Puerto únicos.



Asimismo, David Peña realiza una de las primeras reivindicaciones de Facundo Quiroga, en conferencias pronunciadas en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, en 1903, convertidas, luego, en libro.

La Historia Oficial ocultó cuidadosamente estos aportes historiográficos, los autores fueron tergiversados o sentenciados al silencio. A Alberdi se lo recuerda por sus "Bases" y su época unitaria, silenciándose, en cambio, su pensamiento del exilio. A Hernández se lo reconoce como poeta -después de muchos años en que sólo se lo juzgó un payador sin valor literario-olvidando intencionalmente su militancia política, al igual que a Olegario Andrade, el vate del "cóndor en la cúspide bravía" o "todo está como era entonces, la casa, la calle, el río", quedando soterrados tanto su poema a El Chacho, como su ensayo "Las dos políticas". También David Peña queda relegado al olvido, después de reivindicar no sólo a Facundo sino también a Dorrego, en una obra teatral.

Un silenciamiento aún más contundente cae sobre Francisco V. Silva quien, en 1916, publica "El libertador Bolívar y el deán Funes en la política Argentina. Revisión de la Historia Argentina", en la Biblioteca Ayacucho de la editorial América, impulsada por Rufino Blanco Fombona, bolivariano, amigo de Manuel Ugarte, cuyo nombre está vetado en la Argentina. Silva sostiene, en este ensayo, tanto la reivindicación de Juan B. Bustos, como de Facundo Quiroga como asimismo de Francisco Solano López y especialmente, levanta su voz contra las calumnias de que son objeto Bolívar y Artigas: "No queremos suscitar odiosas rivalidades entre Córdoba del Tucumán y el puerto de Buenos Aires, ni entre ésta y el interior... (Pero) es para nosotros indiscutible que desde 1810 se viene redactando la historia argentina viciosamente, con un solo criterio: el del puerto de Buenos Aires". (15)

Otro aporte historiográfico asumido por esta corriente es el de Juan Alvarez, con su trabajo "La guerras civiles argentinas", publicado en 1912. No obstante su filiación política conservadora, Alvarez investiga honestamente nuestra historia económica y encuentra en la disputa por la Aduana, el puerto único y la libre importación practicada por la oligarquía porteña, las causas fundamentales de la permanente guerra social. Su libro sólo es conocido entre especialistas y bibliófilos y su importancia como historiador es ignorada.

Otro, que merece particular atención, es Manuel Ugarte, "un maldito", para la literatura y la Historia oficiales.

Definido por el socialismo, en París (en la versión socialdemócrata expresada por Jean Jaurés), Ugarte se manifiesta, desde 1901, como decidido adversario del imperialismo norteamericano y abanderado de la Reunificación latinoamericana. La Nación latinoamericana, despedazada por los intereses económicos externos que pivotearon sobre las burguesías comerciales de los puertos, aparece clara en sus primeros escritos políticos.

Partiendo de esta concepción, sin realizar una obra histórica sistemática, retoma la posición de Alberdi enriquecida por José León Suárez acerca de la revolución de Mayo como movimiento democrático, antiabsolutista, insurreccionado en Juntas populares, al igual que en el resto de Hispanoamérica y de España "contra el grupo retardatario que en uno y en otro hemisferio nos impedía vivir". (16) Esta posición -que rechaza nuestro origen supuestamente pro británico, según el mitrismo- se liga a la campaña antiimperialista y en favor de la unidad latinoamericana, desarrollada por Ugarte entre 1910 y 1913. En discursos pronunciados ante miles de concurrentes, en todas las



ciudades capitales de América Latina, brega por la reconstrucción de la Patria Grande y por su liberación, retomando las banderas de San Martín y Bolívar.

Desde este planteo –tendiente a unir hacia adentro, por las viejas rutas del indio, a la Patria Grande- rechaza la tesis sarmientina de "civilización" o "barbarie", que propugna, precisamente, borrar lo americano, por inferior, para importar la civilización de Europa. Junto con Alberdi, Ugarte es uno de los primeros en demostrar la falacia de ese lema antinacional:

"En cuestiones internacionales ya sabemos que desgraciadamente, el derecho no es en resolución más que una palabra que sirve para designar el poder económico militar de un conjunto expansionista. Es el derecho del comercio, el "derecho del orden", es el "derecho de la sanidad", es el "derecho de la civilización", según se invoquen para la conquista o el protectorado, pretextos económicos, pacificadores, profilácticos o culturales. Tratándose de pueblos débiles, el derecho a defender la propia tierra sólo es "barbarie"... La magia de las palabras nos ha deslumbrado hasta ahora. Invocando "la libertad", el "progreso", la "civilización", nos han hecho hacer o aceptar cuanto favorecía intereses extraños: el separatismo, el libre cambio, el panamericanismo, el monroísmo, y hemos sido los eternos creyentes que ansiando igualar a los grandes pueblos, nos hemos supeditado a sus conveniencias. El interés extranjero se ha disfrazado de principio general o de noble sentimiento y no hemos sabido ver, a través de él, las verdaderas intenciones. Cuando nos han "ayudado" a conseguir la libertad, cuando nos han prestado fuerzas para derrocar tiranos", cuando nos han brindado apoyo para "obtener la victoria" sobre otra nación limítrofe del mismo origen o cuando, en nombre del "humanitarismo" o de la "paz", han intervenido en la solución de nuestros conflictos, las bellas declamaciones sólo sirvieron para que evolucionaran con mayor comodidad las influencias predominantes". (17) En otra parte, agrega: "Los imperialismos siempre han invocado el fin superior de preparar a los pueblos para la civilización, sin abrigar jamás la intención de cumplir ese propósito si no en la parte que les puede ser útil, convirtiendo al grupo mediatizado en servidor o auxiliar de su riqueza o poderío. Toda injusticia necesita, por lo menos, un pretexto que la dore... en algunos lugares, las abdicaciones se envolvieron en el manto raído del "progreso" y de la "civilización" (18).

Esta comprensión acerca de cómo opera el fenómeno imperialista, le permite iluminar nuestras guerras civiles desde la concepción de la lucha de clases, como enfrentamiento entre las minorías de los puertos aliadas al capital extranjero y las masas populares del interior resistiendo el modelo semicolonial. De allí, entonces, su reivindicación de los caudillos federales (aún cuando, en su entusiasmo, coloque al mismo nivel a Rosas y a Artigas):

"Las ciudades de las costas establecieron su dominación sobre los pueblos del interior, como la gente acomodada había impuesto la suya sobre los pobres. Los países se organizaron de manera antidemocrática. Y las insurrecciones, las montoneras y los disturbios que estallaron constantemente en las provincias, no fueron a veces más que protestas ineficaces y borrosas contra el centralismo y la absorción que debía dar lugar más tarde al desarrollo desproporcionado y anormal de algunas capitales sudamericanas". Esta concepción -que en el caso argentino condena a la burguesía mitrista- coloca a Ugarte en el papel de uno de los primeros revisionistas de nuestra historia, continuador de Alberdi y desarrollando su misma concepción federal-provinciana. Así, dice en otra parte: "Los mestizos engrosaron los primeros escuadrones de la independencia y después de vencer a la metrópoli dieron sus



sangre a Artigas, Ramírez y Quiroga para tener en jaque a la tiranía de los puertos y al espíritu absorbente de sus representantes... y deduciendo sin pasión, leyendo la vida a través de los comentarios que la adulteran o la violan, caemos fácilmente en la cuenta de que Rosas y Artigas, hombres apasionados y violentos, no hubieran levantado tantas resistencias en una época que precisamente pertenecía a los hombres violentos y apasionados, si no hubieran vivido en lucha con las pequeñas oligarquías locales. Dueñas éstas de los medios de publicidad e inspiradoras de los pocos que por aquel tiempo podían servirse eficazmente de una pluma, se defendieron con entusiasmo y los dictadores rojos tuvieron que sucumbir ante el ataque de los que, apostados en las cuatro esquinas de la opinión, les hacían una guerra insostenible. Pero esos gauchos bravos habían nacido en momentos en que Europa ardía en la llama de la Revolución y a medio siglo de distancia, con las modificaciones fundamentales que imponía la atmósfera, sintetizaban de una manera confusa, en el Mundo Nuevo, el esfuerzo de los de abajo contra los de arriba. No eran instrumentos de la barbarie. Eran productos de una democracia tumultuosa en pugna con los grupos directores". (19)

De estas posiciones antiimperialistas, desarrolla Ugarte su defensa de los recursos naturales (la explotación de la minería en la Argentina, por ejemplo) y su crítica a la política libre-importadora que impide nuestro crecimiento industrial (artículos de "La Patria", 1916). De allí, también, su reivindicación de la neutralidad en las dos guerras mundiales y la denuncia de los mitos colonizadores ("El artículo importado es el mejor", "El arte no comprometido", etc.).

Silenciadas sus ideas por la oligarquías, tampoco alcanzaron predicamento en la izquierda argentina. Ni los socialistas, devotos de Rivadavia y Mitre, ni el Partido Comunista, subordinando su acción a las necesidades de la burocracia soviética, entendieron la necesidad de ahondar en nuestro pasado desde la perspectiva de la lucha de las masas populares y de la Patria Grande. El grupo "Frente Obrero" asume a Manuel Ugarte como a uno de sus grandes precursores, pero para consolidar su posición antiimperialista no trepida en abreviar en fuentes no socialistas, especialmente porque la historia argentina de este siglo muestra, precisamente, una enorme falencia en la izquierda de diversos matices para la crítica profunda al orden del vasallaje. Así, la necesidad de entender los mecanismos de opresión del imperialismo inglés sobre la Argentina (los ferrocarriles trazados en abanico, el Banco Central mixto, el pool de consorcios exportadores, etcétera) se ve satisfecha en la obra de un militante nacional-democrático: Raúl Scalabrini Ortiz ("Historia de los ferrocarriles", "Política británica en el Río o de la Plata", ambos en 1940). Del mismo modo, la implacable vivisección de la intelectualidad antinacional, sometida a la clase dominante -al igual que la develación de sus mitos- se encuentra en los libros y polémicas de Arturo Jauretche quien, junto con Scalabrini, desde la época de FORJA (1935), impulsa esa crítica a la superestructura cultural del país dependiente. ("Los profetas del odio", "Manual de zonceras", "Política nacional y revisionismo histórico").

En esa búsqueda, recogen el valioso aporte de un socialista reformista pasado luego al nacionalismo reaccionario: Ramón Doll. En su libro "Liberalismo en la literatura y la política", Doll acomete contra Mitre -cuidadosamente indemne de las críticas de los revisionistas rosistas- y en pocos párrafos pone al desnudo la verdadera historia de varios próceres: "Nuestra historia oficial de la Década de la Organización (1852-1862) escrita para asegurar la inmortalidad de mediocres como Mitre, coloca en el panteón argentino cuatro nombres juntos y a los cuatro les adjudica el título de "organizadores" de la Nación. Ellos son: Mitre, Sarmiento, Urquiza y Alberdi. Pero luego, al narrar la



década, resulta que los cuatro aparecen divididos y que pelean con la pluma en Quillota y con el sable en Cepeda y en Pavón de un lado Urquiza y Alberdi, del otro Mitre y Sarmiento. Y no hay que hacer ninguna investigación historiográfica de esas que hacen bostezar hoy a todo el país, pues basta el sentido común para preguntarse, entonces, como pueden estar los cuatro juntos bajo el mismo signo de unificadores y organizadores de la Nación. O Urquiza y Alberdi tenían razón cuando trataron de unificar al país respetando y acatando ciertas situaciones y grupos locales respetables y entonces, a Mitre, por separatista, por desorganizado y por desordenado, ahí que considerarlo un perturbador y arrojarlo de esa década de la historia patria. O, al revés, Mitre y Sarmiento, acertaban cuando pensaron que no había organización posible sin liquidar a sangre y fuego a los grupos y caudillos locales y en ese caso, Alberdi y Urquiza no hicieron más que retardar la organización con fines inconfesables y entonces no caben en el panteón con los otros dos". De esta reflexión concluye Doll afirmando que el gobierno de Mitre fue una "dictadura militar", que Urquiza había comprendido donde estaba la verdad pero "se dejó vencer en Pavón", mientras Alberdi, tozudo, siguió discutiendo, "condenado por la ciudad gerenciadora que vive desvinculada de la Nación" .(20)

Además de los mencionados, otros historiadores y ensayistas nutren el bagaje de esta corriente haciendo posible la reivindicación del Moreno revolucionario, del Bolívar unificador y de tantos otros descalificados por la Historia Oficial, como asimismo también desmontando las estatuas de los ídolos oligárquicos, al estilo de Rivadavia, Florencio Varela y otros, cuya fama fabricó el mitrismo.

En esos años posteriores al 45 -mientras el peronismo cubre la escena y los condena a una militancia hacia adentro centrada en lo ideológico- los hombres de "Frente Obrero" dan forma a una nueva interpretación de nuestro pasado en largas discusiones colectivas. A ellas se agrega Jorge Abelardo Ramos hacia fines de 1946 y de esa vinculación nace, poco después, el libro "América Latina, un país".

4.- Jorge Abelardo Ramos y "América Latina, un país"

De militancia anarquista en su adolescencia estudiantil, Ramos pasa al marxismo bajo la influencia de Adolfo Perelman, uno de los integrantes de "Frente Obrero".

Pero, hacia 1945, toma su propio camino lanzando la revista "Octubre" Nº1, producto de una alianza con sectores del trotskismo caracterizados por su incompreensión de la cuestión nacional. Así, Ramos no alcanza a comprender la importancia de los sucesos ocurridos el 17 de octubre de 1945: "El coronel Perón explota en su provecho esa política traidora del stalinismo y consigue arrastrar a algunos sectores obreros políticamente atrasados detrás de su aventura demagógica. Cuando finalmente es expulsado del poder por Campo de Mayo, cuya oficialidad comprende que la situación del Ejército se ha vuelto difícil, Perón moviliza a esos sectores obreros, incluidos los trabajadores de la carne, (que dan la espalda al stalinismo por sus reiteradas traiciones) y con la ayuda de la burocracia estatal y la policía los lanza a la calle en una demostración de fuerza. El Ejército, impresionado por el gabinete oligárquico proyectado por el Dr. A. Alvarez y por las demostraciones peronistas, teme represalias y un regreso directo al 3 de junio. Entonces, se plantea una transacción entre las distintas tendencias militares y se forma un gobierno "neutral": manos libres a Perón para presentar su candidatura con la benevolencia del aparato oficial y garantía de comicios libres que presuntivamente devolverán al ejército el prestigio perdido.



Mientras las fracciones militares se tiran el poder entre ellas como una pelota, el proletariado permanece quieto y callado y como quería el coronel, "va del trabajo a casa" (21).

Hacia fines de 1946, Ramos sella un acuerdo con "Frente Obrero" y revisa su posición. Al publicar el N° 2 de "Octubre", señala, con el entusiasmo surgido de una mala conciencia, que tanto "Frente Obrero", como "Octubre", reconocieron la importancia del emergente peronismo en aquellos días decisivos del 45, afirmación que no condice con lo publicado un año atrás en "Octubre" N° 1.

Esa vinculación de Ramos con "Frente Obrero" lo conduce a participar de las ricas polémicas internas del grupo, en esa "militancia hacia adentro" que estiman la única posible, dado el decisivo y abrumador vuelco de los trabajadores hacia el peronismo. Como resultado de esos debates, Ramos juzga -en 1949- que se encuentra en condiciones como para abordar, desde el marxismo, una interpretación de la historia argentina. Así nace "América Latina, un país. Su historia, su economía, su revolución" (Ediciones Octubre, 1949).

Este libro se singulariza porque, hasta ese momento, la interpretación de nuestra historia abordada, desde las diversas variantes de la izquierda, ha respetado sucesos y próceres de la Historia Oficial, aunque a través de una fraseología materialista dialéctica (lo que se ha denominado "mitromarxismo"). En cambio, se trata, ahora, de un ensayo que disiente con la Historia Oficial, en nombre del marxismo. Sin embargo este cuestionamiento se realiza desde una posición extremadamente influida por el revisionismo nacionalista.

Al igual que los nacionalistas -pero en nombre del marxismo- Ramos se limita a cambiar el signo de valor de próceres y antipróceres, de lo cual resultan un Moreno y un Belgrano "nutridos del librecambismo británico y cuya política fue antinacional por excelencia" (pág. 73) y un Rosas "que permitió de hecho un desarrollo autónomo de la economía argentina" (pág. 92). El nacionalismo de "América Latina, un país" se comprueba, especialmente, por su abominación de todo liberalismo, descartando una posición democrática nacional: "La Revolución Francesa, fundamental y fecunda para la lucha contra el feudalismo europeo antihistórico, resultó funesta para la evolución latinoamericana". (22)

Estas posiciones provocan el entusiasmo de Manuel Gálvez quien felicita a Ramos en una carta donde le anuncia que ha colocado un ejemplar del libro en la biblioteca del Jockey Club para que sus socios puedan tener el gusto de leerlo. Del mismo modo, José M. Rosa señala que "saludamos alborozados la conversión al rosismo de los trotskistas", aunque no disimula que le produce temor esta izquierda "que tiene los ojos bien abiertos y sabe adónde asienta el pie".

El libro, en la medida en que su autor se declara "marxista", preocupa al diputado peronista (de extracción conservadora) Emilio Visca, titular de una Comisión censora, quien procede, poco después, a su secuestro. Este suceso, lo convierte a Ramos en personaje con dimensión política suficiente como para asumir la representación de "Frente Obrero", aún cuando al grupo le disgusta profundamente la deformación nacionalista del ensayo.

Aurelio Narvaja recuerda: "Cada vez que pudimos, fijamos nuestras posiciones con la mayor nitidez y claridad, pero podíamos hacerlo muy pocas veces y apenas éramos oídos. Frente a la realidad hostil, debimos realizar acuerdos temporarios con Ramos, a pesar de la desconfianza que nos inspiraba. El, que tenía la predisposición y habilidad suficiente para curvar las ideas ante las enormes presiones del ambiente político, se



convirtió en el gran difundidor de nuestras posiciones. Las divulgaba, al tiempo que las deformaba. Esa es, repito, la gran tragedia de la Izquierda Nacional".(23)

Inmediatamente después de la aparición de ese libro, los integrantes de "Frente Obrero" lo toman como eje de la polémica en sus reuniones internas. De allí, nacen los "Cuadernos de Indoamérica", con implacable crítica, redactados por Enrique Rivera en 1952 y recién publicados a mimeógrafo en julio de 1955 (reproducidos luego en la revista "Política Obrera", en marzo de 1957). En ese documento, se fijan las posiciones de la corriente historiográfica socialista, latinoamericana o federal provinciana, por lo cual puede considerárselo como el punto de partida de la misma.

5.- Los "Cuadernos de Indoamérica"

Allí aparecen las posiciones claves de esta corriente: a) "Los cuadernos" rechazan: la caracterización de la Revolución de Mayo como movimiento separatista y partidario del libre comercio, del cual provendría su carácter reaccionario y pro británico (en lo cual Ramos coincide con Mitre, variando el signo de valor): "Ramos, aunque critica la Historia Oficial, revela que aún no se ha desprendido suficientemente de sus mitos. Acoge como moneda de buena ley la versión que esta nos proporciona de la revolución de 1810 al asignarle, como objetivos, el libre cambio y la independencia; aprecia que los efectos posteriores de esa revolución han sido desastrosos para América Latina y recurre, precipitadamente, al procedimiento de negarla de plano. Si la Revolución de Mayo tuvo por objeto la independencia y el libre cambio con los ingleses... debemos concluir forzosamente que nuestra revolución es, exclusivamente, inglesa...". Por el contrario: "La Revolución española es el centro inicial revolucionario cuya fuerza gravitatoria arrastra a toda América hispana. Esta España, la de la Revolución y que ella está unida con América, es justamente lo que omite la leyenda oficial, el revisionismo histórico y el autor del libro que comentamos... No existían en nuestro país, ni en América Latina, fuerzas materiales suficiente para desencadenar una revolución democrático-burguesa, aunque sí para apoyarla. El triunfo definitivo de la revolución dependía, forzosamente, de su victoria en el centro revolucionario... La derrota del liberalismo español hizo estallar prematuramente la Revolución, llevó a la separación de América y España y al predominio de la reacción sobre el ideario democrático. Al producirse la separación, nuestro liberalismo quedó constreñido a la base material que le proporcionaba la oligarquía porteña y se hizo antinacional, librecambista, portuario. Nuestra revolución fue, pues, una revolución burguesa sin burguesía... No fue una revolución contra España, porque no existía una opresión de tipo colonial-nacional, sino de tipo feudal-absolutista... La Revolución en España y en América era una sola y la misma... La nuestra es parte de la revolución española, como ésta lo era de la europea, como lo expresó Alberdi... Al adoptar los mitos de la historiografía oficial sobre la colonia y la revolución, Ramos llega a conclusiones insostenibles, como el carácter reaccionario del liberalismo". (24)

b) "Los Cuadernos" insisten, luego, en el gran tema del puerto de Buenos Aires, como llave del comercio, enorme alcancía de los derechos aduaneros y lugar estratégico para definir una política librecambista o proteccionista, tesis que la mayor parte de los investigadores y catedráticos de "la Historia Social" asumen luego distraídamente, sin indicar donde y cuando la aprendieron, para después legitimar esa opresión de la oligarquía porteña como históricamente inevitable, dada "la imposibilidad de desarrollar el capitalismo partiendo del atraso del interior" (por supuesto, omiten toda



referencia al Plan de Operaciones de Moreno y al singular desarrollo del Paraguay de los López). En este aspecto, Rivera señala: "Es extraño que Ramos eluda en su libro la consideración del problema preciso y concreto del puerto único y la posesión de la Aduana, que implica, además, fijar la política aduanera, proteccionismo o librecambio... es decir, la cuestión de la Capital... siendo que en la federación, nacionalización o capitalización de Buenos Aires, se concentraban todos estos dilemas de hierro: proteccionismo o librecambio, democracia o dictadura, política nacional o antinacional" (25).

c) Otra cuestión que promueve el interés de los hombres de "Frente Obrero" es la caracterización correcta de los caudillos del interior: "La insuficiencia del desarrollo industrial del interior -afirma Rivera-determinaba que no pudiesen expresar su nacionalismo en la forma de una moderna ideología sino que debiesen acudir a símbolos y elementos heredados del pasado y aún vigentes en la economía natural predominante. Estos símbolos y elementos ideológicos eran inadecuados en relación con la meta histórica a procurar. Así, por ejemplo, Facundo Quiroga, en una etapa, se opone al unitarismo con la divisa "Religión o muerte". Expresa, en esta forma, el contenido nacional de su lucha, en el estadio económico-social del interior. Pero, notémoslo bien, esto no significa que el liberalismo fuese reaccionario sino que frente a la política unitaria de la burguesía comercial porteña, revestida de fórmulas liberales, pero despóticas en el fondo, Facundo, como otros caudillos, recurrían a símbolos y elementos ideológicos de carácter "reaccionario" para expresar su antagonismo nacional... Ramos, en lugar de examinar concretamente estas contradicciones, a lo marxista, condena al liberalismo (presenta la política unitaria como una consecuencia necesaria de la ideología liberal) y exalta, por este procedimiento, no la lucha nacional auténtica del interior, sino sus símbolos y elementos ideológicos reaccionarios a que se veía obligado a acudir. El habla continuamente de "montoneras y lanzas" frente a los doctores y así parece muy popular, muy democrático, muy gauchesco, cuando, en realidad, lo hace, sobre todo, para atacar la ideología liberal de acuerdo con el nacionalismo clerical que en este terreno, como en otros, expresa el profundo reaccionarismo de la burguesía imperialista que renuncia a la propia ideología liberal de su pasado revolucionario, ascendente, para retornar al medioevo en el terreno ideológico". (26)

d) Otro motivo de crítica es el exultante rosismo de Ramos, tan fervorosamente aclamado por Manuel Gálvez y José María Rosa. En "América Latina, un país", Ramos sostiene: "Rosas permite de hecho un desarrollo autónomo de la economía argentina", "impuso la unidad nacional y las tendencias separatistas desaparecieron", "unificó las provincias del Río de la Plata ahogando las tentativas aislacionistas de los caudillos", "su derrota (la de Rosas) abre el período de aniquilamiento de la evolución argentina hacia un ciclo capitalista independiente" (27). A esto, Rivera le opone la siguiente argumentación: "El régimen de Rosas es nacional y en este aspecto progresivo, respecto del unitarismo que llevaba a la colonización por el extranjero y lo es, en la medida en que la economía ganaderil y saladerista de la provincia de Buenos Aires, montada sobre bases capitalistas, es nacional y parte del país. Pero es antinacional en cuanto, en lugar de orientarse hacia la transformación industrial de todo el país, se pone contra ella. Por eso, mantiene en su poder la aduana bonaerense, por eso se niega a la organización del país en base al sistema federativo... Rosas expresa la resistencia nacional de todo el país a convertirse en colonia... pero no va más allá, es decir, no asume la bandera de la transformación del país en un país capitalista



independiente. No la asume porque la clase ganadera no puede adoptar una política proteccionista y de desarrollo nacional, pues su mercado está en el exterior... El régimen de Rosas tenía ciertos caracteres nacionales -que no iban más allá de la semicolonias- pero que eran nacionales. Ramos, si deseaba rebatir la leyenda unitaria, podía y debía haberlo precisado a lo marxista. Pero, no. Hace una apología de Rosas y el rosismo desvinculándolo "hasta cierto punto" de la burguesía ganadera y saladeril y exalta, en cambio, sus aspectos ideológicos reaccionarios, que denuncian la limitación histórica de ese régimen, a la que hipostasía su "nacionalismo" presentándolo como tendiente a construir un país capitalista independiente, lo que es falso. En pocas palabras, hace lo mismo que los nacionalistas clericales, que sueñan con un régimen burgués nacional pero, al propio tiempo antiobrero, es decir, reaccionario, corporativista, clerical. Por eso es que Ramos identifica, falsa y capciosamente, liberalismo con unitarismo y a eso tiende su demostración" (28).

e) De estas elaboraciones colectivas de los integrantes de "Frente Obrero" nace también la crítica a la posición de Ramos que marca la derrota nacional en Caseros y no en Pavón. Reformulan, entonces, el papel de Urquiza, ya no el héroe liberal de los textos escolares, ni tampoco el brazo ejecutor de la política extranjera, sino el caudillo conciliador de litoral.

Del mismo modo, la profundización de este período les permite definir la tajante hostilidad entre mitrismo y roquismo (entre 1874 y 1880). "Soy nieto de un capitán roquista e hijo de un radical provinciano -recuerda Narvaja-. Mi familia es de Córdoba y estudié en Santa Fe, a donde concurrían muchos estudiantes del interior. Eso me facilitó la comprensión del problema nacional. Esas circunstancias peculiares de mi vida me permitieron entender la importancia del roquismo en el 80".(29)

La posición de esta corriente respecto al roquismo -como contracara del mitrismo en 1880- ha generado fuertes críticas y posiciones encontradas aún dentro del campo antiimperialista (Para Jauretche es un "acierto" (30), para Hernández Arregui, "la tesis no es falsa, sino exagerada") (31). Desde el marxismo, ese frente de clases del interior enfrentado a la oligarquía porteña resulta casi indiscutible como interpretación de una época donde el seudomarxismo (desde Juan B. Justo (32) hasta Milcíades Peña) (33) pretende explicar enfrentamientos donde se producen ¡3000 muertos! como meros choques de "ambiciones de poder" entre sectores políticos que "eran lo mismo". Años después, Alfredo Terzaga demuestra que la mayoría de las apoyaturas de Roca en el interior eran de extracción federal e incluso montonera (Carlos Juan Rodríguez, el Dr. Francisco Alvarez, Absalón Rojas, los Saa, Manuel Olascoaga, Francisco Fernández, Mantero, O. Andrade, J. Hernández, Alvear, Iriondo, etc.). Lamentablemente, Terzaga fallece sin concluir su obra, donde hubiese demostrado que Roca claudicaba finalmente -como lo señala Jauretche- sin que ello implicase, para un pensamiento dialéctico, desconocer el rol jugado en 1880 al frente de "los chinos" que constituían la "mazorca", según los diarios porteños de entonces.

Cabe, sin embargo, acotar que la circunstancia de que Ramos use posteriormente esta tesis para formularle un guiño a las Fuerzas Armadas en la búsqueda de un general nacionalista, debilita su seriedad. Asimismo, la propensión imperante a aplicar un criterio individualista de la historia a través del cual el propio Roca- por su campaña del desierto, correctamente enjuiciada desde "los derechos humanos"- contribuye a la descalificación del roquismo, por supuesto con la algazara del mitrismo. De ese modo, los nexos históricos comprobables -entre el federalismo y el roquismo, y entre el roquismo y el irigoyenismo- son negados por la mayor parte de la intelectualidad, sin



que, por otra parte, se formule alguna otra explicación científica, desde el punto de vista de las clases sociales, para hacer luz sobre el nudo histórico 1880 - 1890, donde desaparece el viejo país y nacen los partidos políticos modernos.

6.- "José Hernández y la guerra del Paraguay"

Hacia 1953, la necesidad de fijar públicamente su posiciones lleva al grupo "Frente Obrero" a la fundación de la editorial "Indoamérica". (Probablemente, influye también la relación singular de acuerdos y rupturas con Ramos, convertido a veces en portavoz y otras en "traductor, traidor", según el antiguo dicho).

"Indoamérica" publica, entre 1953 y 1955, varios ensayos importantes. El tema histórico se trata en "José Hernández y la Guerra del Paraguay", firmado por Enrique Rivera. El ensayo aborda la militancia de Hernández en la causa nacional y especialmente, denuncia la guerra del Paraguay, cuestión que el revisionismo rosista ha esquivado hasta entonces, dados los vínculos de algunos de sus miembros con la clase alta y "La Nación". Pero, lo fundamental del ensayo radica en los primeros capítulos donde ratifica y amplía las tesis fundamentales del grupo, ya expresadas, en su mayor parte, en los "Cuadernos de Indoamérica".

Las cuestiones definidas son las siguientes:

a) La naturaleza histórica de la sociedad anterior a Mayo:

"Frente Obrero" se niega a la simplificación habitual de caracterizar a esa sociedad en función de los estadios de desarrollo producidos en Europa, es decir, se resiste, por anticipado, a la polémica que fatigaría, años después, entre quienes suponen feudalismo en América, en razón de algunas instituciones españolas y del carácter precapitalista industrial de los conquistadores y colonizadores y quienes por el contrario, sostienen que ya había capitalismo pues se producía para el mercado mundial.

Prefiere un camino más "marxista" que consiste en analizar las formas de producción y señala, entonces, respecto al actual territorio argentino: a) No se había generalizado siquiera el estadio manufacturero del capitalismo; b) La escasa industria existente tenía un carácter predominantemente doméstico y semiprimitivo (norte) o claramente artesanal (gremios de Buenos Aires); c) Tampoco "existía esa población campesina agricultora cuyo creciente intercambio con la comuna industrial burguesa constituye el manantial y la fuerza del tercer estado" (la campaña era dominio del gaucho y la labranza, insignificante).

Ni feudalismo, ni capitalismo, entonces sino formas combinadas que "existían en función de una unidad superior predeterminante, la del Imperio Hispano en su conjunto, cuya parte más adelantada era España" (lo cual no significa negar que hubiese, al principio de la colonización, algunas formas como la encomienda y las mita, de rasgos feudales, ni tampoco que existiesen sectores de la producción dirigidos al mercado mundial).

2) La relación España-América.

La sociedad del 1800, en el Río de la Plata, resulta distinta de aquella de la primera época de la conquista y colonización, donde el invasor extraía enormes riquezas que como lo explicara Marx, constituyeron la base del desarrollo capitalista, especialmente de los ingleses, pues España operó como lugar de paso de la misma. "Una parte de la sociedad española se trasladó a América e intentó reproducir en ella el régimen de la madre patria". Pretendieron esos conquistadores constituirse en feudales, pero "donde no encontraron indios domesticables (por ejemplo, en la mayor parte del Virreinato del



Río de la Plata) hubieron de desechar las tradiciones feudales que despreciaban el trabajo y el comercio y convertirse en productores y comerciantes" (34). "Esa sociedad de españoles americanos -agregan- es simplemente una prolongación de España allende el océano Atlántico. Quienes padecen, si, de opresión colonial son los indios, pero ellos están fuera del marco de la revolución de 1809/1810, la cual opera dentro de la sociedad española dominante. La opresión que padecía el español americano era sustancialmente la misma que sufría el español de la metrópoli, es decir la de un régimen feudal que se sobrevivía, hallándose un tanto acentuada solamente por su distancia del centro del poder y por el hecho de que los funcionarios, nombrado por el monarca, venían de la metrópoli. Mas, en modo alguno, puede hablarse de una opresión nacional de los españoles nacidos aquí por los españoles nacidos allá" (35).

c) Naturaleza hispano americana de la revolución.

De aquí resulta que la revolución de Mayo no es separatista, antihispánica (y por tanto probritánica y por el comercio libre) sino que forma parte del movimiento democrático, antiabsolutista, iniciado en España el 2 de mayo de 1808 y extendido en toda América entre 1809 y 1811. La no declaración de la independencia, la jura por Fernando VII, la participación de españoles en las Juntas (como Larrea y Matheu) o de militares del ejército español (San Martín, Alvear, los Carrera en Chile, Arenales, etc.) demuestra que no hubo separatismo oculto por la máscara de Fernando VII: "¿Por qué, si se trata de una revolución nacional, no se declaró inmediatamente la independencia? ¿Cuestión de táctica? ¿Qué movimiento va a subordinar a una conveniencia táctica la proclamación de su objetivo central, su razón de ser? ¿A quién va a engañar con ello? ¿Cómo comprender que en toda América Hispana, sin previo acuerdo, se hiciese lo mismo, casi simultáneamente, si no era que se imitaba a España?" (36).

d) Las fuerzas centrífugas de la revolución.

Al producirse la derrota de la revolución española, las revoluciones desatadas en América, liberadas a su suerte, se vieron tironeadas por las fuerzas centrífugas de las diversas regiones, careciendo de la clase unificadora capaz de crear el Estado Nacional, y articular el mercado interno. Las burguesías de los puertos obraron, entonces, como el gran elemento disgregador, especialmente por su alianza con los intereses británicos. "Si Inglaterra absorbía los productos del litoral, arruinaba con los suyos similares, a las provincias mediterráneas, que no podían competir con ellos. Este es el antagonismo básico que preside nuestra historia". (37)

e) El control de la Aduana, el puerto único y las tarifas aduaneras.

Esta otra cuestión fundamental, reaparece también en el libro de Rivera: "... En un país pobre y económicamente retrasado... la fuente principal del tesoro público consistía en la renta de la Aduana y ella provenía del puerto bonaerense. Salían por éste las producciones autóctonas y entraban los artículos manufacturados que se consumían, todo el país pagaba los impuestos aduaneros que formaban el tesoro nacional... Quien dispusiera de ella, disponía de los destinos de todos". Por otra parte, "la legislación aduanera era el instrumento de política económica más importante: algunos impuestos elevados para los productos extranjeros de competencia podían levantar las industrias autóctonas; bajos, las llevaban a su desaparición". (38)

De este modo, ratificando la posición de "los Cuadernos", otorga fundamental importancia al control de la Aduana porteña, en nuestra guerra civil: " Tanto unitarios como rosistas se aferran por igual a mantener como propiedad de la provincia de Buenos Aires la capital del ex virreinato que pertenecía a toda la nación; como monopolio de la oligarquía bonaerense, la renta aduanera nacional... Así se estableció



la provincia Metrópoli, formada por la campaña y la capital del virreinato, Buenos Aires". (39) Más allá de las disidencias entre quienes querían organizar el país a través de "la unidad a palos" y quienes preferían mantenerlo desorganizado, ambos sectores, los comerciantes del puerto y los estancieros de la campaña, coincidían en preservarse el puerto único, la Aduana única y decidir la política tarifaria (en esto último, los rosistas supieron hacer concesiones al interior). "La Nación debía tener su capital, Buenos Aires, en que se concentraba todo su poder económico y político. Detentándola una provincia sola, esa adquiriría un poder incontrastable sobre todo el pueblo argentino". (40)

Así, Rivera refuta la tesis "civilización y barbarie", a través de la cual Sarmiento explica la guerra civil: "El comercio libre, implantado por el gobierno de Buenos Aires, provocó la desaparición, en corto número de años, de las industrias del interior.. La movilización del ejército de línea por los unitarios para someter las soberanías provinciales y despojar a los pueblos interiores en beneficio de la oligarquía porteña, obligó a la resistencia armada, debiendo improvisarse al paisanaje en ejército irregular... además, la provincia de Buenos Aires se había adueñado de la renta aduanera del puerto único, arrebatando así la riqueza y créditos nacionales a la abrumadora mayoría del pueblo argentino... Todo esto llevó a la "barbarie" que mentaba Sarmiento, "barbarie" causa motora residía en la civilizada Buenos Aires". (41)

f) La renta agraria diferencial.

Después de exponer la coincidencia entre rivadavianos y rosistas respecto al control de la Aduana y el puerto único, Rivera analiza en particular al rosismo: "Hay dos puntos en que Rosas no transigió jamás y son: primero, su negativa o sabotaje a todo intento de organizar el país; segundo, su antiliberalismo, que abarca no sólo a los unitarios, sino también a los federales cismáticos o lomos negros (ex dorreguistas)".(42) Y seguidamente, señala los límites de su nacionalismo: "Está bien que ante la ofensiva imperialista extranjera haya que defender al país, a pesar de Rosas, y ello condena al unitarismo, pero de ahí a justificar a Rosas e identificarlo con los intereses nacionales que él, con la oligarquía reaccionaria, siempre pisoteó, hay mucha distancia". (43) Caracteriza, entonces, su política como de "atraso, localismo" y agrega: "goce parasitario de la renta agraria diferencial".(44) Luego, reitera: "El sistema de explotación de la estancia bonaerense se basaba, pues, en la renta agraria diferencial, pura y simplemente".(45)

Cómo podrá observarse, estas ideas-clave ejercerán una gran influencia y serán tomadas por otros historiadores y otras corrientes, sin señalar su origen, tanto lo relativo a la Aduana y la libre importación (donde "Frente Obrero" abreva en antecedentes como los de Alberdi, Andrade y Alvarez) o ésta muy importante, que proviene del análisis marxista: la renta agraria diferencial.

g) El mitrismo y la guerra del Paraguay.

Otra novedad que aporta esta corriente a la revisión histórica es la condena del mitrismo, tanto por su política interna de represión a las provincias, como por el crimen de la Triple Alianza.

El revisionismo rosista llevaba por entonces un cuarto de siglo de polémica historiográfica, enfilando repetidamente sus cañones contra Sarmiento, pero cuidándose mucho de atacar a Mitre. Sólo Alberdi y Carlos D'Amico, allá lejos, así como el venezolano Blanco Fombona, entre unos pocos, se habían atrevido con Don Bartolo. (Una excepción, entre los revisionistas, había sido Ramón Doll quien después



de calificar a Mitre de "padre y tío de oligarquías" había caracterizado a su gobierno como "dictadura militar").

Ahora, a través de Rivera, el grupo "Frente Obrero" cuestiona al mitrismo -en tanto expresión de la oligarquía bonaerense que continúa la política de Rivadavia y de Rosas, del puerto y Aduana únicos- y muy especialmente, aprovecha los artículos periódicos de Hernández para demostrar la infamia de la guerra contra el Paraguay. Rivera señala que en Pavón, Urquiza entrega la batalla "teniéndola ganada y se granjea así el odio y desprecio de la fracción nacionalista que empieza a hablar abiertamente ya de la "traición" del alicaído caudillo".(46) Señala, luego, que "Mitre dirige sus ejércitos sobre las provincias, con la particularidad de que todos sus jefes son uruguayos y pertenecen al partido Colorado (o unitario) del Uruguay, que colabora con el argentino en la masacre de los federales".(47) Seguidamente, retomando a Alberdi, explica la guerra contra el Paraguay como guerra civil latinoamericana, por encima de las fronteras: por un lado, el capitalismo extranjero, cuyos agentes son el Imperio brasileño, la oligarquía uruguaya (colorada) y la oligarquía porteña (mitrista), y por el otro, los blancos de Uruguay, los federales de la Argentina y el Estado paraguayo.

Cabe señalar también que si bien Rivera califica al Paraguay "como el centro más fuerte de la formación social precapitalista" explica que "no era simplemente una sociedad precapitalista" sino que expresa "la tentativa de alcanzar un desarrollo capitalista independiente, es decir sobre una base autónoma".(48) Reivindica, entonces, el intento paraguayo, "tentativa de suplir la inexistencia de una clase burguesa a través de la acción estatal".(49)

i) La federalización de la ciudad de Buenos Aires.

Asimismo, esta corriente socialista fija su posición, por vez primera, respecto a la federalización de la ciudad de Buenos Aires, refutando a aquellos que consideran ese suceso como punto de partida del poder oligárquico: "No podemos menos que preguntar a aquellos que sostienen que la capitalización de Buenos Aires, en 1880 (apoyada por Avellaneda, Roca y Hernández, contra Tejedor, Mitre y Alem), significó el dominio del país por la oligarquía porteña, ¿qué había existido antes de esa capitalización, la cual no era además, como hemos dicho repetidas veces, sino una legítima restitución al pueblo argentino de su capital nacional, indebidamente retenido por una sola provincia? ¿Justamente cuando todo el país puede disponer de los ingresos de la Aduana que todo el país paga y caduca la omnipotencia de la Provincia-Metrópolis y su explotación feudal comienza el dominio de la oligarquía porteña? ¿O señala, en realidad, la toma del primer y decisivo baluarte de la oligarquía bonaerense, al colocarse el país en condiciones de darle eficazmente batalla?. Que la influencia del imperialismo, la destrucción y la deformación unilateral de la economía, consoliden a esa oligarquía luego, nada tiene que ver con la federalización de Buenos Aires; y el hecho de que durante todo un considerable período histórico la detentase la oligarquía, derivando de ello su incontrastable poder sobre el pueblo argentino, sí tiene que ver con aquella influencia y aquella deformación, al destruir las bases y elementos en que sustentar una política nacional. Tal fue el papel de Rivadavia, Rosas y Mitre; tal fue su política".(50)

Quedan así trazadas las líneas fundamentales del revisionismo histórico socialista. Las grandes cuestiones de nuestro desarrollo histórico (libre importación, Aduana y puerto únicos, naturaleza hispanoamericana de la revolución, guerra del Paraguay y federalización de Buenos Aires, entre otras) cuya trascendencia, hasta este momento,



sólo había sido advertida por algunos precursores, pero más bien de modo fragmentario y no articuladas, aparecen, ahora, en un relato único, coherente y a la vez, apasionante.

Estas posiciones resultan ratificadas, para esa misma época, en "Lisandro de la Torre y la pampa gringa", preparado por Hugo Sylvester bajo el seudónimo H.García Ledesma. (Años después, la caracterización de "pampa gringa", para designar la zona agropecuaria donde predomina la chacra explotada por los inmigrantes, se usa en la cátedra universitaria y en la investigación, aunque se ignora a este libro, así como se omite explicar cuándo y donde nació esa denominación).

En este ensayo se analiza no sólo la base social de la Democracia Progresista, sino también sus limitaciones políticas y por ende, las de su líder, L. De la Torre.

En la misma línea, bajo el seudónimo Lucía Tristán, Jorge Eneas Spilimbergo publica "Yrigoyen y la intransigencia radical", en septiembre de 1955, retomando la correcta línea que había ya marcado Aurelio Garro (y que Ramos desvirtuara en su biografía de Alem bajo el seudónimo "Víctor Guerrero", al caracterizar a Alem, como expresión de la intransigencia, ignorando su proclividad hacia el mitrismo). (51)

7) Revolución y contra revolución en la Argentina

Con posterioridad a la caída de Perón, en 1955, así como los trabajadores se lanzaron a la resistencia, con "caños" y sabotajes, así también un reducido número de intelectuales dieron batalla al pensamiento dominante.

Uno de ellos, fue precisamente Ramos quien, en julio de 1957, lanza su rectificación de "América Latina, un país", depurándolo de la carga nacionalista y ampliándolo, bajo el título "Revolución y contrarrevolución en la Argentina". Una lectura atenta del prólogo explica el motivo del libro, así como las influencias que obraron sobre él: "El lector que conociere mis libros y escritos anteriores advertirá que he reelaborado en parte o totalmente la interpretación de hechos y personajes de nuestro pasado. Bajo la firma de Víctor Almagro, en el diario "Democracia", adelanté, en horas críticas, algunas ideas históricas que en este libro se remodelan y amplían. También me expresé en tal sentido en un reportaje publicado en la revista "Esto Es", en 1954 y en mi ensayo "Crisis y resurrección de la literatura Argentina". A los buscadores de papeles viejos les recordaré, con una sonrisa, las palabras de Menéndez y Pelayo: "Nada envejece tanto como un libro de historia".(42) Después, agrega: "Desde que en "América Latina; un país" planteara, por primera vez, un nuevo enjuiciamiento de la historia argentina, han pasado ocho años. Amigos y enemigos contribuyeron, generosamente, con su críticas a estas páginas que hoy ven la luz y que constituyen algo así como una síntesis de los puntos de vista de toda una generación. "Eran muchas voces y se oía una sola voz", cantó un día el poeta antillano Manuel del Cabral". (53)

Este prólogo provoca un comentario de Aurelio Narvaja, en estos términos: "... Deberíamos pensar, que desde que el diputado peronista de procedencia conservadora, Emilio Visca secuestrara "América Latina un país", se produjo, hasta 1957, año en que ve la luz "Revolución y contra revolución", una masiva irrupción de documentos capaces de dar razón de juicios tan dispares o antagónicos como estimar al liberalismo, reaccionario en América Latina (1949) y revolucionario (1957), a la Revolución de Mayo como un motín impopular de 250 personas (1949) y como una gigantesca conmoción revolucionaria nacional y popular latinoamericana (1957), a Rosas como precursor de una política nacional en el sentido moderno de la palabra



(1949) y como representante sólo de un limitado nacionalismo bonaerense, opuesto en tal carácter al verdadero nacionalismo (1957), a la capitalización de Buenos Aires como un hecho reaccionario (1949) y como una revolución progresiva (1957), a Roca como prototipo de la oligarquía (1949) y a Roca como líder nacional (1957)... Ramos, al advertirnos que ha "reelaborado" una parte o totalmente la interpretación del pasado, utiliza un eufemismo. Reelaborar una interpretación no es lo mismo que sustituirla por otra interpretación. Obligado a confesarse, lo hace públicamente... Dice que amigos y enemigos "contribuyeron generosamente con su crítica"... Es lástima que no nos diga cuáles fueron esos aportes. "Eran muchas voces, pero se oía una sola voz", por supuesto, la de Jorge Abelardo Ramos. Es mucha generosidad la que confiere a estos amigos y enemigos... En "Revolución y contrarrevolución", Ramos asume todas, absolutamente todas, las críticas hechas por nosotros a "América Latina un país" y publica el libro como si fuera producto de una reelaboración suya. En posteriores ediciones, incluso omite esa referencia de que "había muchas voces", eliminando el último vestigio que pudiera provocar dudas sobre su exclusiva paternidad sobre esas ideas. Esto tiene importancia -no por una cuestión de prestigio personal, pues lo importante es que las ideas se difundan- tiene importancia porque si son creación exclusiva de Ramos, sus bandazos oportunistas no sólo afectan la imagen de Ramos como político, sino que también deterioran la validez de esas posiciones históricas... Por eso, resulta importante deslindar estas ideas, respecto al oportunismo". (54)

"Revolución y contrarrevolución en la Argentina" constituye -según Jauretche- "el ensayo más agudo que ha producido el revisionismo histórico, sin desmerecer el libro de Ernesto Palacio. No es el libro de un investigador, ni de un historiador, pero es un libro síntesis que ordena materiales y extrae conclusiones".(55) A su vez, Juan José Hernández Arregui lo juzga de este modo: "Este libro en la consecuencia del desarrollo de las ideas políticas en la Argentina, su florecimiento marxista, ni definitivo ni irrefutable en los detalles, pero decisivo en la orientación futura del pensamiento histórico argentino" (56).

En cambio, provoca fuertes críticas desde los sectores académicos -que le imputan ausencia de fuentes historiográficas -hasta sectores de la izquierda que lo repudian con virulencia (Milcíades Peña, en el artículo: "Desvergüenza y contra vergüenza en la cortesana roja de Apold", lo califica de "monumento al macaneo".(57)

El libro se reedita varias veces, pero la edición de 1965, dos tomos, resulta más importante por desarrollarse los temas con mayor amplitud, por la inserción de un capítulo dedicado a reivindicar a Artigas y por el agregado del aparato erudito referido a las fuentes. Asimismo, Ramos retoma aquí la tesis de la renta agraria diferencial que aparecía ya en el libro "José Hernández y la guerra del Paraguay", tesis que desarrolla, en 1959, Alberto Methol Ferré en "La crisis del Uruguay y el Imperio Británico", y enriquece, más tarde, Jorge Eneas Spilimbergo en el documento "Clase Obrera y Poder" presentado al III Congreso del Partido Socialista de la Izquierda Nacional, en 1964: "La renta agraria diferencial será el secreto estructural de la crisis argentina. Oligarquía capitalista mas no burguesa, esta clase no transferirá la masa de capital adquirido por las ventajas de la renta diferencial y la reducida mano de obra empleada, para invertirla en las ramas básicas de industria".(58)

La resonancia alcanzada por la corriente socialista en esos años -a través de varios libros y autores, pero especialmente debido a "Revolución y contrarrevolución en la Argentina"- provoca no sólo el silenciamiento y desdén del mundo intelectual ligado a



la clase dominante, sino la réplica ardorosa desde un sector del trostkismo, tradicionalmente enfrentado a "Frente Obrero" en razón de la cuestión nacional: la fracción liderada por Nahuel Moreno, inicialmente GOM (Grupo Obrero Marxista) y luego POR (Partido Obrero Revolucionario).

9) Milcíades Peña.

Desde allí proviene la crítica elaborada por Milcíades Viriato Peña, primero a través de un artículo publicado en la revista "Estrategia de la emancipación nacional", luego desde la revista "Fichas" y después desde el libro, prodigando -por momentos, obsesivamente- sus mayores esfuerzos contra las tesis históricas de la Izquierda Nacional.

Nacido en La Plata, el 12 de mayo de 1933, a los 15 años, Peña se vincula a la agrupación orientada por Nahuel Moreno. Es un joven talentoso que ha recibido una fuerte formación liberal en su familia y que, en su aproximación a Moreno, asume la tradición de la línea troskista de Gallo, según señala su biógrafo Horacio Tarcus. En 1951 bajo el seudónimo Hermes Radio, publica el artículo "La Argentina y el imperialismo" donde sostiene que "la demagogia peronista sobre el anti imperialismo y la industrialización del país mostrará con mayor claridad hasta el presente su verdadera esencia: cortinas de humo para engañar y confundir a las masas" (59).

Tarcus señala que Peña se entrega decididamente a la investigación y al análisis histórico en los dos años que van desde septiembre de 1955 a septiembre de 1957, época en la que el morenismo inicia su política entrista hacia el peronismo y por lo tanto, modifica su interpretación abiertamente antiperonista de años atrás, lo cual motiva ese repliegue de Peña a lo estrictamente intelectual, distanciándose de Moreno. Señala, asimismo, que en ese momento, Peña se vincula a Luis Franco, excelente poeta, pero cuyo marxismo-libertario (que no le impedirá, por otra parte, colaborar en "La Prensa") se carga de fuerte antiperonismo.

En pocos años, Peña concreta una importante labor historiográfica: "Antes de Mayo", "El paraíso terrateniente", "La era de Mitre", "De Mitre a Roca", "Alberdi, Sarmiento, el 90", "Masas caudillos y élites" (de Yrigoyen a Perón), "El peronismo", "La clase dirigente Argentina frente al imperialismo" e "Industria, burguesía industrial y liberación nacional". La mayor parte de estos trabajos se publican, como libros, después de su suicidio, -ocurrido el 29 de diciembre de 1965, a los 33 años- armados por sus amigos en base artículos y esbozos diversos

La obra de Peña alcanza importante difusión. En ella se advierten lúcidos análisis como aquellos que valoran la retractación de Alberdi y Sarmiento, en sus años altos, que denuncian la represión mitrista sobre las provincias interiores o condenan la Guerra de la Triple Alianza. Asimismo, resulta destacable la importancia que otorga a la cuestión de la Aduana y el puerto únicos en nuestras luchas sociales, aunque su biógrafo Tarcus incurre en un error al otorgarle paternidad sobre las mismas (60), pues tanto en "Cuadernos de Indoamérica" como en "José Hernández y la Guerra del Paraguay" (de Enrique Rivera) estas cuestiones -tomadas asimismo, de Alberdi-han sido planteadas, varios años antes.

Tarcus reconoce que Peña "al proponerse desmistificar la historia argentina" (61) arremete especialmente contra "las falsedades históricas pseudo marxistas, pseudo nacionales" (62) es decir, elabora una contrahistoria no tanto dirigida a destruir la concepción liberal tradicional, si no apuntando contra la corriente socialista o federal provinciana. Así, agrega Tarcus que Peña se proponía destruir "el mito de la balcanización de América Latina" sosteniendo que nunca hubo vínculos, ni razones



para constituir una nación, el mito "del espíritu democrático de Mayo" pues Moreno sería monárquico y " el Plan" carecería de importancia, "el mito del nacionalismo revolucionario de los caudillos" (debió decir nacionalismo defensivo), "el mito de la indestructible solidaridad de intereses entre estancieros y ferrocarriles ingleses" (cuestionando así la clave de la naturaleza semicolonial de la Argentina) y "el mito de la naturaleza pro británica del Banco Central mixto creado por Federico Pinedo" (63).

Influido por el sectarismo típico de las agrupaciones orientadas por Nahuel Moreno, Peña confunde al enemigo principal porque sería razonable destruir los supuestos mitos de la Izquierda Nacional, después de preocuparse, con mayor pasión aún, por destruir los mitos de la Historia Oficial y de la Historia Social. Pero, al no hacerlo, su barricada queda alineada junto o a la de la clase dominante y todo su arrojo y valor intelectual y político se gasta -únicamente- contra quienes debían ser naturales aliados más allá de disidencias secundarias.

De ese modo, su mayores esfuerzos intelectuales se dirigen a descalificar a los caudillos populares ya sea a a los Federales por su "imposibilidad histórica", como a Irigoyen y Perón a quienes imputa hallarse al servicio del imperialismo.

En ese camino, provocan perplejidad algunas de sus conclusiones: Por ejemplo, en página 18, "Masas caudillos y élites" sostiene que Yrigoyen defendía a los ferrocarriles estatales porque era pro imperialista inglés, en página 21 que Yrigoyen promovía una marina nacional también para favorecer a los ingleses y en página 28 que la creación de YPF fue una maniobra del imperialismo inglés para frenar el avance del imperialismo norteamericano. De este modo, varias medidas objetivamente antiimperialistas -que contariaban los intereses de las empresas ferroviarias británicas, de la "Blue Star Line" que monopolizaba el tráfico marítimo y de las petroleras extranjeras- se convierten en prueba del carácter pro imperialista de un gobierno.

Qué decir, a su vez, cuando sostiene que "el 17 de octubre de 1945, las masas fueron sacadas a la calle por las fuerzas del orden" (64) o cuando se expresa de esta manera respecto a una de las figuras más queridas por la inmensa mayoría de los trabajadores argentinos y más odiada por la oligarquía: "Eva, con su escaso arte, su mucha belleza y su desbordante audacia perfeccionando su astucia innata, su azarosa vida que le había enseñado a manejar a los hombres... Su oratoria histórica... esta plebeya advenediza... que creyó que su comedia personal era la historia argentina. Resentida social, explotada primero, despreciaba luego... Ella que no sabía construir correctamente una frase en castellano escribió un libro que sirvió de texto obligatorio para la enseñanza del lenguaje... Evita era la encarnación monstruosa de la debilidad de las clases dominantes frente a una pandilla de aventureros respaldados e idolatrados por las masas trabajadoras y diestros para explotar en su beneficio los mecanismos del poder de la sociedad capitalista" (65).

Tarcus señala en su libro "el curioso hecho de que la historia académica posterior a su muerte se haya apropiado y haya desarrollado muchos de sus sugestivos replanteos" (66). Efectivamente, Luis Alberto Romero se refiere a "las originales tesis de Milcíades Peña, un panfletista de notables intuiciones historiográficas que libró, desde posiciones de izquierda, una ardua batalla con los nuevos revisionistas (y particularmente con uno a quien bautizó la "cortesana roja de Apold") (67).

Lo que ocurre es que no hay "hecho curioso", como señala Tarcus, sino todo lo contrario. La clase dominante aprovecha a aquellos marxistas que confunden disidencias frontales con laterales y enemigo principal con secundario, y los aprovecha para su propia causa, más allá de las buenas intenciones a favor del proletariado que



ellos pueden sustentar y más allá de su honestidad intelectual y cómo, en el caso de Peña, de que su propia vida fuese triturada por los burgueses que le encargaban estudios de mercado, llevándolo a crisis represivas.

Mi el pueblo es protagonista del historia, ni sus intereses concretos coinciden con el progreso histórico general de Argentina y de América latina: éste es el hilo de oro de la argumentación de la clase dominante, desde Mitre a Halperin Donghi, ya sea otorgando esa tarea a las élites, ya sea cultivando la visión trágica que, planteando la ausencia de opciones. Fomenta que el escepticismo y la inmovilidad. Para esta estrategia, la clase dominante no vacila en poner a su servicio a intelectuales pretendidamente marxistas. No importa que ellos descalifiquen a los movimientos de Liberación Nacional desde una perspectiva socialista porque esa perspectiva es abstracta y lejana, mientras la crítica al Yrigoyenismo y al peronismo, implacablemente concretos, ayuda a debilitar a los movimientos de masas. Así, la clase dominante exalta a Juan José Sebreli porque sostiene que Pinedo es el teórico de la industrialización (lo cual está refutado por el propio Pinedo a lo largo de toda su obra de economista agrarista y pro imperialista). De la misma manera, exalta la tesis de Peña acerca de la oligarquía industrializadora, perfeccionada luego por Murmis y Portantiero (68) y barnizada por Jorge Sábato y Jorge Schvarzaer (69), tesis que Ramos -en su polémica con Peña- debió haber destruido no sólo con estadísticas, sino poniendo sobre el tapete los apellidos de los industriales que crecieron a partir de 1935, desde Di Tella y Miranda hasta Gelbard y Bronner. (Cualquier estudiante avanzado capaz de pensar con su propia cabeza y sin temor a los monstruos sagrados de la cátedra, puede probar con sólo una monografía, que esos industriales, nacidos de la crisis del 30, alimentados por la Guerra y consolidados por la política económica peronista, no portan a apellidos oligárquicos la abrumadora mayoría de los casos).

Ciertamente, la tragedia parece signar la vida de Peña desde el principio al fin, por razones familiares y personales. Pero más aún creemos que el desencuentro con los trabajadores, con sus experiencias, con sus sueños y emociones, debió colmar de desasosiego toda su lucha, impregnada de una honestidad que resulta difícil otorgar a algunos de sus mentores, especialmente a N. Moreno. Basta pensar que su suicidio se produce en 1965 y según señalan Tarcus y Vila en "El Periodista" No. 75 "no pocos atribuyeron la extrema decisión al desánimo que le provoca el quietismo exhibido por la clase obrera tras una rica y contradictoria experiencia histórica"... o "dicho con sus palabras: el reconocimiento del conservadorismo y quietismo actual de la clase obrera", (70) paradójicamente referido a un período que se caracterizó por las ocupaciones de fábrica en el Plan de Lucha de la CGT y tres años y medio antes de "el Córdobaazo".

Esta encrucijada dolorosa, propia del intelectual de izquierda en países dependientes como el nuestro, la vive Peña de una manera singular -tanto por su proficua labor como por su temprana desaparición- colocándose a distancia apreciable de aquellos intelectuales liberales de izquierda a quienes calificamos de "mitromarxistas". Hay en su obra muchas páginas destacables e incluso algunos datos que evidencian la investigación sería, enriquecedora. Por eso hemos preferido analizarlo separadamente, junto a la historia de la corriente socialista, de la cual fue -sin ninguna duda- su principal contendor.

10) Nuevos aportes a la corriente historiográfica socialista.



En las últimas décadas, esta corriente se ha venido enriqueciendo con nuevos aportes. Algunos, provienen de la izquierda nacional, entendida estrictamente como la posición socialista latinoamericana originada en "Frente Obrero", en octubre de 1945. Otros, han sido elaborados también desde el marxismo, pero por hombres que vienen de otras extracciones políticas y se han acercado a la comprensión de la cuestión nacional.

Uno de estos últimos es Eduardo Astesano, en su juventud encuadrado en el Partido Comunista y de posterior militancia en el peronismo, entre cuyos libros se destacan: "La movilización económica en los ejércitos sanmartinianos", "Historia de la independencia económica", "Contenido social de la revolución de Mayo", "El Martín Fierro y la cuestión social". Otro es Rodolfo Puigrós, con similar trayectoria política, autor, entre otros, de "Historia crítica de los Partidos Políticos argentinos", "La época de Mariano Moreno" y diversos trabajos relacionados con la situación económica y social del Virreinato del Río de la Plata.

Valiosos soportes son "Imperialismo y cultura" y "Formación de la conciencia nacional" de Juan José Hernández Arregui, marxista de origen radical-sabattinista, quien sustentaba como posición de izquierda nacional interno al peronismo (71) resumida por él de esta manera: "Porque soy marxista, soy peronista".

En materia historiográfica, Hernández Arregui puede ser considerado integrante de la corriente socialista latinoamericana, según se prueba en estos párrafos extractados del prólogo de "Imperialismo y cultura": "La polémica desencadenada alrededor de Juan Manuel de Rosas no es un misterio. Toda individualidad histórica encarna fuerzas sociales. Eso es lo que interesa y no los degollados por la mazorca, parejo con los que tienen en su haber los unitarios. Rosas resume, en su poderosa individualidad, tendencias sociales contradictorias que buscan la instrumentación histórica. En tanto ganadero cuyas tierras y fortuna le vienen del periodo colonial es por tradición y por contacto con las masas rurales, un provinciano poco propenso al cambio social, la encarnación de una cultura ruralista, ni tan inferior como sus enemigos pretenden, ni tan inefable como sus panegiristas pregonan. En Rosas debe verse al país en proceso, colocado en el intervalo fluido del pasado hispánico y las ideas de Mayo. Pero, en tanto hacendado bonaerense, centra sus negocios en Buenos Aires y los ensambla inevitablemente a la burguesía mercantil. En este orden es un porteño que tras la bandera federal abraza la causa del unitarismo económico, oponiéndose, al mismo tiempo, en una etapa en que el comercio de exportación aún no ha desarrollado todas sus posibilidades, a la extranjería cultural que le es ajena por sus orígenes y por su posición de clase... La oligarquía liberal debe agradecerle a Rosas haber creado las bases modernas de la ganadería argentina y las herramientas políticas de la hegemonía de Buenos Aires sobre el resto del país... El federalismo porteño, en suma, era la máscara que el unitarismo oponía al federalismo auténtico del interior" (72). En idéntica posición, desde el socialismo uruguayo, Vivian Trías aporta su obra "Juan Manuel de Rosas", al cual suma otros importantes ensayos.

En el campo de historia de la clase trabajadora se destaca Alberto Belloni, con su libro "Del anarquismo al peronismo".

A su vez, en Córdoba, nacen los valiosos trabajos de Alfredo Terzaga : artículos sobre Moreno, Fraguero, Rosas y Urquiza y en especial, su "Historia de Roca", en dos tomos, inconclusa en razón de su fallecimiento.

Por su parte, Jorge Abelardo Ramos -previamente a su abandono del marxismo y su claudicación ante el menemismo- aportó otros ensayos entre los cuales corresponde



destacar "El Partido Comunista en la Política argentina. Su historia y su crítica" (1962) e "Historia de la Nación Latinoamericana" (1968).

En los últimos años, esta corriente historiográfica ha logrado mantener una producción permanente, no obstante que la prensa del país dependiente le ha sido generalmente adversa y que la cátedra universitaria ha evitado la polémica, silenciando o desdeñando investigaciones de Archivo, cuyo rigor histórico no puede ponerse en duda. Así, diversos personajes, episodios y cuestiones estrechamente ligados a la lucha por la cuestión nacional latinoamericana y por la cuestión social han sido analizados por esta corriente, recuperando esa "historia soterrada" que gracias a "ese neorrevisiónismo de izquierda aflora por un instante: la historia de las clases oprimidas", según reconoce insólita mente Halperín, el mismo para quien esa obra historiográfica, leída y a veces "saqueada", no debe ser reconocida como tal en el estrado universitario, ni en la sección bibliográfica de diarios y revistas.

Entre las cuestiones abordadas últimamente por la corriente socialista pueden mencionarse: biografías de Mariano Moreno, Artigas, San Martín, Dorrego, Felipe Varela, Rosas, Raúl Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche, Juan José Hernández Arregui, John William Cooke, Manuel Ugarte, Ramón Doll, Manuel Ortiz Pereyra, Saúl Taborda, Amadeo Sabattini, y estudios sobre la Revolución de Mayo, la Década de Infame, el irigoyenismo, las presidencias de Perón, Cámpora, Isabel y Menem, ensayos acerca del gremialismo, la inmigración y los partidos políticos, así como el rescate de figuras de la cultura nacional como Enrique Santos Discépolo y Atahualpa Yupanqui e interpretaciones con perfiles muy singulares de la vida y obra de Jorge Luis Borges y Ernesto Che Guevara.

Además de los ya mencionados, pueden citarse, entre otros autores de esta corriente, a Jorge Eneas Spilimbergo, Horacio Maceyra, Salvador Cabral, Roberto Ferrero, Rubén Bortnik, Osvaldo Calello, Ernesto Ceballos y el autor de este trabajo.

- 1.- Periódico "Frente Obrero", octubre de 1945.
- 2.- Tulio Halperín Donghi, en "Punto de vista", abril 1985, pág. 16.
- 3.- Juan Bautista Alberdi, "Grandes y pequeños hombres del Plata". Ediciones Fernández Blanco, Buenos Aires, 1962, pág. 64.
- 4.- ídem, ob. cit. pag. 69.
- 5.- ídem, ob. cit. pag. 105.
- 6.- ídem, ob. cit. pag. 132.
- 7.- ídem, ob. cit. pag. 364.
- 8.- ídem, ob. cit. pag. 369.
- 9.- ídem, ob. cit. pag. 208 y 209.
- 10.- ídem "Historia de la guerra del Paraguay". Ediciones de la Patria Grande, Buenos Aires, 1962, pág. 156.
- 11.- ídem "El Brasil ante la democracia de América", Ediciones Ele, Buenos Aires, 1946.
- 12.- ídem, ob. cit.
- 13.- ídem "Escritos póstumos", tomo XI, pág. 395.
- 14.- ídem ob. cit. Tomo X, pág. 155, reproducido en "Alberdi y el mitrismo", de Fermín Chavez, A. Peña Lillo editor, Bs. As., 1961 pág. 157.
- 15.- Diana Quattrocchi Woison. "Los males de la memoria". Emecé, Bs. As. 1995, pág. 83/84.
- 16.- M. Ugarte. "Mi campaña hispanoamericana". Barcelona. Edit. Cervantes, 1912.
- 17.- Manuel Ugarte. "El destino de un continente". Ediciones de la Patria Grande, Bs. As. 1962, pág 53 y 82.
- 18.- ídem ob. cit. pág. 168.



- 19.- ídem "El porvenir de la América Latina". Edit. Sempere, Valencia, 1910.
- 20.- Ramón Doll, "Liberalismo en la literatura y la política". Edit. Claridad, Bs. As., 1934.
- 21.- Jorge Abelardo Ramos, revista "Octubre" N° 1, noviembre 1945.
- 22.- ídem "América Latina, un país", Edit. Octubre, Bs. As., 1949.
- 23.- Aurelio Narvaja, declaraciones al autor.
- 24.- "Cuadernos de Indoamérica", folleto.
- 25.- ídem
- 26.- ídem.
- 27.- Jorge A. Ramos, ob. cit.
- 28.- "Cuadernos de Indoamérica", folleto.
- 29.- Aurelio Narvaja, declaraciones al autor.
- 30.- Arturo Jauretche, revista "Qué", 24/09/57.
- 31.- Juan José Hernández Arregui. "Formación de la conciencia nacional", Bs. As. 1961, pág. 490.
- 32.- Juan B. Justo, citado por Dardo Cúneo, en "Juan B. Justo y las luchas sociales en la argentina".
- 33.- Milcíades Peña . "De Mitre a Roca". Edic. Fichas. Bs. As. 1968. pág. 38.
- 34.- Enrique Rivera, "José Hernández y la guerra del Paraguay", Edit. Indoamérica, Bs. As., 1954, pág. 11.
- 35.- ídem, ob. cit. pág. 11.
- 36.- ídem, ob. cit. pág. 19.
- 37.- ídem, ob. cit. pág. 26.
- 38.- ídem, ob. cit. pág. 26.
- 39.- ídem, ob. cit. pág. 28.
- 40.- ídem, ob. cit. pág. 31.
- 41.- ídem, ob. cit. pág. 38.
- 42.- ídem, ob. cit. pág. 45.
- 43.- ídem, ob. cit. pág. 51.
- 44.- ídem, ob. cit. pág. 50.
- 45.- ídem, ob. cit. pág. 49.
- 46.- ídem, ob. cit. pág. 76.
- 47.- ídem, ob. cit. pág. 76.
- 48.- ídem, ob. cit. pág. 115.
- 49.- ídem, ob. cit. pág. 116.
- 50.- ídem, ob. cit. pág. 72.
- 51.- Víctor Guerrero, seudónimo de Jorge A. Ramos, "Alem, historia de un caudillo". Edit. Raigal, Bs. As. , 1951.
- 52.- Jorge A. Ramos, prólogo a "Revolución y contrarrevolución en la Argentina", 1ra. edición. Edit. Amerindia, Bs. As. 1957.
- 53.- ídem.
- 54.- Aurelio Narvaja, texto dactilografiado, archivo N. G.
- 55.- Arturo Jauretche, revista "Qué", 24/09/57.
- 56.- J. Hernández Arregui,. "Formación de la conciencia nacional". Bs. As., 1961.
- 57.- Milcíades Peña, revista "Estrategia de la emancipación nacional". N° 1, setiembre 1957.
- 58.- Jorge A. Ramos, "Revolución...". pág. 39.
- 59.- M. Peña, citado por Horacio Tarcus en "El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña. Edic. "El cielo por asalto". Bs. As., 1996, pág. 112.
- 60.- H. Tarcus, ob. cit. pág. 201.
- 61.- H. Tarcus, ob. cit. pág. 162.
- 62.- ídem, ob. cit. pág. 162.
- 63.- ídem, ob. cit. pág. 162.
- 64.- M. Peña "Masas caudillos y elites", pág. 8.
- 65.- M. Peña, "El Peronismo" capítulo "El bonapartismo con faldas", pág. 108.



66.- H. Tarcus, ob. cit. pág. 163.

67.- Luis A. Romero, en “Todo es Historia”, octubre 1990.

68.- Juan Carlos Portantiero y Miguel Murmis. “Crecimiento industrial y alianza de clases en la Argentina” (1930-1940). Edit. Siglo XXI.

69.- Jorge Sábato y Jorge Schvarzer. “La clase dominante en la argentina moderna”. CISEA/ Imago Mundi, Bs. As. 1991.

70.- H. Tarcus y Daniel Vila. “El Periodista”. N° 75.

71.- Juan José Hernández Arregui, “El Popular”, 9/12/60.



Cuadernos para la Otra Historia
© Centro Cultural “Enrique S. Discépolo”
Av. La Plata 2193
C1250AAL Ciudad de Buenos Aires
República Argentina
Tel/fax: (+54-11) 4923-2994
e-mail: web@discepolo.org.ar
Internet www.discepolo.org.ar

